

EVANGELIZAR NUESTROS MIEDOS¹⁴

San Juan nos asegura: “El amor perfecto echa fuera el temor”. Pero tal asección, por el hecho de que se dice muy rápidamente, no debería perder su poder de afirmación y debilitarse hasta el punto de no significar ya nada. Tampoco debería suceder que, presentándose inmediatamente, nos hiciera perder de vista lo que puede tener de legítimo y de útil, en un primer momento, un reflejo de temor.

De hecho, haremos una distinción entre el miedo como reflejo normal, como reacción saludable frente a un peligro, y el miedo como una actitud general y fundamental que puede habitar un ser y donde es necesario discernir una especie de parálisis síquica. Pero tanto en uno como en el otro caso, se trata de evitar que se produzca un cortocircuito en el proceso del amor de modo de hacerlo inoperante; en uno y otro caso –por razones diferentes– el movimiento por el cual el amor puede superarlos no se da de una vez ni sin dificultad, sino lenta, gradualmente, y siempre de nuevo. Y no puede producirse sino en dos tiempos, como desea mostrarlo este artículo

MOVILIZACION DE LA ATENCIÓN

Frente a un peligro real, el miedo es un reflejo sano ya sea que se trate de un peligro físico, la amenaza concreta de un accidente, por ejemplo, o tener que enfrentar un riesgo cierto; o que se trate de un peligro psicológico, por ejemplo una situación tan pesada o tan violenta que uno no esté seguro de poder soportarla; o aún que se trate de un peligro espiritual, como por ejemplo una situación en la cual uno no esté seguro de poder resistir a una tentación o en la que no se esté seguro de poder permanecer fiel a Dios.

En todos estos casos se puede temer el sufrimiento, la muerte, la alienación de la libertad y de la responsabilidad, el fracaso parcial o total, temporal o eterno. Y en todos estos casos se puede tener miedo legítimamente, por uno mismo o por otro.

Estos miedos no sólo son normales, sino que son útiles, pues constituyen un reflejo que moviliza poderosamente la atención, que suscita la prudencia, que requiere un discernimiento y opciones rápidas puede ser cuestión de una fracción de segundo... El miedo es entonces capaz de unificar de pronto a la persona, para lanzarla a la huida, para galvanizarla frente a un peligro o para precipitarla en auxilio de otro.

Es verdad que más que de prudencia física o psicológica hoy se trata de prudencia espiritual. Como reacción contra un período en el que muy a menudo los cristianos se habían encerrado en ghettos protectores, en este terreno se caería más bien en la charlatanería, la irresponsabilidad y finalmente en el irrealismo.

Como si tantos naufragios no se hubieran debido, con mucha anterioridad, a negarse, con pretendida audacia, a tener en cuenta los propios límites y la realidad del riesgo: el riesgo de que se apague la fe, el riesgo de que se vuelva estéril la fidelidad, el riesgo de que la esperanza se adhiera solamente a lo visible, el riesgo de que el amor se reduzca a nuestras simpatías naturales...

No se trata de que el miedo o la lucidez consistan, por su parte, en huir el riesgo por principio; pero el valor tampoco consiste en negar el riesgo, en subestimar el peligro, en desterrar todo temor. Esto sería simplemente falta de inteligencia. Para nosotros existe, ciertamente, el peligro, constante y

¹⁴ · De *La Vie Spirituelle*, n. 626, mai-Juin 1978. Tradujo: Hna. María Eugenia Suárez, osb. Santa Escolástica.

multiforme, de traicionar nuestra vocación, de faltar a nuestra palabra, de defraudar la confianza que los demás ponen en nosotros, de faltar a Dios. Basta una pequeña desviación en el punto de partida para que, muy pronto, crezca la distancia entre lo que debería ser nuestra fidelidad y lo que somos efectivamente.

El miedo, se dice, es mal consejero. Sin duda, porque su papel como reflejo primario no es aconsejar, o, en otras palabras, reemplazar al discernimiento. Salvo en el caso de demoras muy breves, tiene solamente el papel de alertar nuestras facultades, de sobresaltar y de reunir todo nuestro ser. En este papel es bueno, es irremplazable, está al servicio del hombre, mientras camina en esta vida. Sí, es sano e indispensable, siempre que no actúe solo, sino que encuentre en nosotros una audiencia crítica: en efecto, el miedo puede equivocarse, exagerar el peligro, verlo donde no lo hay; no es su papel, como ya dijimos servir de instancia de decisión. Pues, en sí mismo, puede muy bien paralizarnos en una fascinación del peligro. Más aún, puede obnubilarnos en actitudes pasionales de autodefensa como sucede tan a menudo entre grupos humanos que se condenan en bloque, sin escucharse en absoluto

DE LO IMAGINARIO A LO REAL

Pero, con esta última observación, ya estamos pasando del miedo como reflejo de salud y de salvación al miedo como actitud inconsciente de un psiquismo débil. Este brote de un sentimiento más o menos desmedido y difuso de inseguridad, para el cual todo ser, todo acontecimiento, y lo desconocido en general, tienden a ser considerados a priori como un peligro. El futuro, entonces, ya sea próximo o lejano, da miedo. Todo encuentro es percibido como una amenaza, toda relación tiende a ser vivida como un enfrentamiento, una lucha sorda para dominar a otro por temor de verse alienado por él.

El miedo hacia el otro está ligado a menudo a un miedo de sí mismo, y más exactamente, de esa instancia en nosotros —el super-yo— que puede pasarse acusándonos, aplastándonos, despreciándonos. El miedo hacia el otro también puede tener como causa el sentimiento que experimentamos de depender excesivamente, para existir a nuestros propios ojos, de la aprobación de los demás. Estos fenómenos interiores que son del orden del inconsciente, de la imaginación, se presentan, lo sabemos, como etapas más o menos fracasadas, más o menos arrinconadas, de ese camino tan complejo que va del lactante al adulto. Algunos las superan con facilidad, en otros pueden actuar como un estado de angustia, un peso de ansiedad, una reserva de agresividad siempre dispuesta a estallar, un bloqueo que deja poco lugar a la libertad.

Una vez que hemos recordado esto brevemente, podemos medir hasta qué punto no se cae de maduro afirmar: el amor perfecto echa fuera el temor. Reducir esta frase a un principio general y abstracto sería imperdonable. Esta afirmación de San Juan es un acto de fe en el poder de Dios que es amor. Por otra parte, esta afirmación implica la idea de un progreso, o más bien de un movimiento hacia el infinito, ya que aquí el Apóstol califica de perfecto al amor.

Cuando sabemos hasta qué punto el miedo psíquico puede ser tenaz y dominador, hasta qué punto puede hacer fracasar los tratamientos psicoterápicos y años de predicación, bajo todas sus formas, no sería conveniente decir a alguien que vive más o menos dominado por él: ama, ama perfectamente y tu miedo desaparecerá. El menor riesgo sería el de defraudar a aquel a quien uno se dirige; el riesgo más probable sería el de aumentar más aún su sentimiento de fracaso, de culpabilidad, y su miedo.

Es verdad sin embargo, que la frase de San Juan se dirige también a esos seres (y todos lo somos en mayor o menor medida), pero como una promesa que está delante de ellos y como un llamado a acercarse a ella.

Es aquí donde, teniendo en cuenta la realidad, podemos proponer el encarar ese acercamiento bajo la forma de una sucesión de dos tiempos esto, por otra parte, es una manera esquemática de hablar, pues estos dos tiempos se repetirán tantas veces como sea necesario y probablemente en forma indefinida en este mundo. En forma indefinida pero no necesariamente sin progreso.

En un primer tiempo, los consejos que uno se da a sí mismo y el apoyo pastoral que se recibe de otro tenderían a hacer deslizar el miedo –sin negarlo en absoluto ni minimizarlo– de sus motivaciones egocéntricas, imaginarias y subjetivas hacia motivaciones fundadas en la realidad y espirituales. Uno se esforzaría entonces suavemente por separar la experiencia del miedo, que es innegable, de sus motivaciones que se llegan a reconocer como infundadas y no reales. Y como el miedo de tipo psicológico, en el ser religioso, trae consigo, en general, un miedo a Dios (confundido inconscientemente con el super-yo), no se tratará inmediatamente de suprimir ese miedo sino de transformarlo en un miedo no a Dios sino a faltar uno mismo al llamado de Dios y a lo que él espera de nosotros. Esto significa dar al miedo un motivo real, verdadero y digno de un ser libre. Ahora bien, en la medida en que el miedo, al mismo tiempo que se acepta con realismo como un hecho, se deslice de un plano inconsciente a un plano más consciente, podrá ser alcanzado por la palabra de la fe. En la medida en que pase poco a poco del egocentrismo a una apertura oblativa, podrá ser superado, en un segundo tiempo, por la confianza del amor. Pero es necesario que el miedo se convierta primero en un miedo de no amar, de no amar bastante, para que entonces el amor mismo pueda arrastrarlo en su dinamismo. El dinamismo que por el amor, supera el temor y el miedo, consiste en descubrir que antes de ser una respuesta al amor de Dios y en consecuencia, una responsabilidad susceptible de provocar miedo el amor del hombre es fruto de ese amor. “Antes” acabamos de decir: pero hay que precisar que este “antes” dura y se perpetúa eternamente. Una y otra vez Dios se nos anticipa y, amándonos primero, en la vida y en la muerte, él suscita el amor que espera de nosotros. El tratamiento espiritual del miedo –y quizás también la gracia de ese miedo, si podemos hablar así– es descubrir que Dios en toda circunstancia, es más grande todavía que nuestro miedo, más grande que nuestro corazón...

¿PERDER SU VIDA?

Esta sucesión de dos tiempos para pasar del miedo al amor se vuelve a encontrar a propósito del miedo como reflejo normal. Aquí el riesgo no es, como antes, de que se produzca un cortocircuito que haga ineficaz la acción del amor con respecto al miedo. Sino que el riesgo es desconocer lo que se juega en el plano espiritual al pretender vencer el miedo, por el amor, o dicho de otra manera, el riesgo es empuqueñecer el misterio de la alianza entre Dios y el hombre. Si se vuelve demasiado convencional y casi banal, afirmar que el amor suprime el miedo, el miedo como reflejo frente a los riesgos espirituales inherentes a la conversión, a la vocación, al camino hacia la salvación, entonces se es víctima de una pérdida considerable en dos planos. Por una parte se deja escapar esa movilización de la atención que es la consecuencia feliz del miedo. Por otra parte, la victoria del amor se vacía de toda grandeza y de todo asombro ya que triunfa poco menos que de nada.

Los reflejos del miedo en los planos físicos y psicológicos, como ya lo hemos visto, se producen frente al sufrimiento, a la muerte, al fracaso. Vividos en la fe, experimentados por un creyente, estos reflejos deben tener una prolongación espiritual: una prolongación que sea a la vez un vuelco. En efecto, no se trata de minimizar estos reflejos, ni de adormecerlos, o aún declararlos ajenos al amor que echa afuera el temor; pues por legítimos que sean en su plano y en sus límites, ellos tienen ciertamente un eco espiritual en nosotros; culminan en nuestro miedo de perder nuestra autonomía, de vernos desposeídos de nuestro proyecto personal, de tener que renunciar al éxito de nuestra vida, tal como la soñamos. Todo esto es lo que el Evangelio llama el temor de perder su vida en este mundo. Y su buena nueva, terrible pero bienaventurada –sí, bienaventurada, pero antes terrible y muy propia para suscitar el miedo– es proclamar que el miedo de perderse conduce, en realidad, directamente al fracaso y a la pérdida de la vida. Con esto, el Evangelio no suprime inmediatamente ni con gran facilidad el miedo. En un primer tiempo (nunca superado totalmente en esta vida) comienza, al contrario, por revelarlo y lo invita entonces a convertirse en nosotros en el miedo de perder definitivamente nuestra vida si tratamos de reservarla, de preservarla, de ganarla en este mundo. Todos nuestros reflejos de miedo están llamados a pasar por esta conversión, a entrar en este movimiento que hace pasar al hombre de la loca búsqueda de sí mismo a la comunión con Dios. Todos juntos constituirán entonces ese miedo muy legítimo de cerrarse sobre sí mismo olvidando a Dios. Miedo de perder la salvación, de rechazar

la gracia, de cansarse en el camino, de no alcanzar el término de la esperanza; miedo de la muerte definitiva.

No se trata de alimentar en uno mismo este miedo, pero tampoco de apartarlo muy fácilmente. En primer lugar porque hay que asegurarse de que es realmente el amor perfecto el que lo echa fuera de nuestro corazón, y no la pereza, o una manera muy fácil y finalmente despreciativa hacia Dios, de contar con su bondad. Por otra parte el miedo tiene que poder desempeñar ese papel saludable de mantener viva nuestra vigilancia, de no permitir que nos acostumbremos a la idea de que Dios nos quiere como hijos suyos y nos abre su Reino.

Un reflejo normal del servidor que quisiéramos ser con respecto a Dios es el miedo de desagradar a aquel a quien sirve. Este recurso de nuestra atención y de nuestra acción no debe desaparecer, como si, de todas maneras, estuviéramos naturalmente inclinados a estar atentos a las realidades invisibles referentes al Reino e irrimiblemente movidos por el deseo de la perfección y la aspiración a la santidad...

Pero he aquí que –en un segundo tiempo– este recurso de nuestra atención y este reflejo normal del servidor que quisiéramos ser, se revela insuficiente, desde el momento –y es siempre una sorpresa nueva, cada vez un redescubrimiento, o lo debería ser– desde el momento en que Cristo nos llama no ya sus servidores sino sus amigos, y nos revela que Dios hace de nosotros los hermanos y los coherederos de su Hijo. En este caso, el temor, aún el más espiritual y el mejor fundamentado, el de fallarle a Dios, de ser indignos de él, no es la respuesta adecuada al amor de Dios. Sólo el amor puede responder al amor, sólo el amor perfecto puede responder a la perfección del amor. Todo miedo, todo temor es superado. Pero para que esto siga siendo del orden de la gracia, del orden del milagro, conviene que nuestro amor a Dios sea continuamente esa reacción de asombro, o dicho de otro modo, esté precisamente echando fuera de nosotros el miedo, superando el temor.

Taizé